

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

UMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—
Mi siglo, poesía, por A. F. G.—La madre, el padre
y el maestro, M. O y S.—Carlota, por X.—Corres-
pondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA.

Continuacion.

Tipo hermoso del párroco de aldea, imagen de la Providencia que esparce por todas partes el consuelo y la alegría, es el padre de los pobres, el buen pastor que solo piensa en conducir á sus amadas ovejas al seguro puerto. Da á los necesitados todo lo que tiene, y cuando ya no tiene que dar se dá á sí mismo; es decir, pasa largas horas al lado de los afligidos suavizando sus penas con sus palabras dulces y expresivas, ó reúne á su alrededor á los niños,

procurando estampar en sus tiernos corazones las máximas del evangelio que son el áncora salvadora contra los escollos del vicio y la desgracia.

Una sola cosa puede echársele en cara y es el expansivo placer con que toma su jícara de chocolate que todas las noches le tiene preparada la abuela; ¿pero que mucho, si su mesa es tan frugal que á veces hasta carece del alimento indispensable?

La abuela, á pesar de su economía, gusta de obsequiar á sus amigos, y aunque el médico y el escribano no toman chocolate, siempre los sorprende con algun dulce hecho por ella ó con la primera fruta de los árboles.

Las dádivas y las atenciones aumentan la amistad, suele decirme, y cuando alguno viene á honrar nuestra casa y hacernos agradable el transcurso de las horas, justo es que le demos nuestra gratitud, proporcionándole un modesto placer, que envuelva al mismo tiempo un recuerdo y una atencion. Estos pequeños obsequios, son una cadena que retienen á la amistad prisionera á nuestro lado,

El escribano es uno de esos seres insignificantes que se hallan en todas partes, y que parece que han venido al mundo nada mas que para añadir un número á los registros de estadística. Bajo, gordo, colorado, lleva estampada su nulidad en sus facciones comunes y desproporcionadas; pero aunque nulo, es bonachon é inofensivo, y suele adherirse con la mayor buena fé al parecer de todos, con lo cual, como los hombres en punto á amor propio son tan necios, se capta la proteccion de cuantos le conocen.

El médico es otra cosa. Al médico le falta en sensibilidad todo lo que le sobra á don Calixto; mas en cambio tiene una instruccion profundísima y un saber inmenso.

Pero su talento es árido como su alma, la cual parece como las flores, por falta de riego espiritual. No creas por esto que es malo, sino que carece de fé; y su exterior frio, y su palabra sin persuacion, predispone contra él, y han sido un obstáculo para su carrera, porque ademas de no creer en la virtud, no cree en la ciencia ni en sí mismo.

Habia preferido aquel partido á otro, decia, porque formado en su mayor parte de gente pobre, y por consiguiente robusta, tenia menos víctimas á quienes inmolar, lo cual prueba, que si no creia en las cosas grandes y sagradas, como el hombre para poder vivir necesita creer en algo, creia en la conciencia. Así pues, era bueno, honrado y exacto en el cumplimiento de sus deberes por conciencia, lo cual le conciliaba la estimacion, pero no el afecto.

Con unos caracteres tan diversos, puedes figurarte que se armaban serias polémicas todas las noches entre él y don Calixto, que me divertian en extremo, tanto mas, cuanto sabia que siempre concluian con una bendicion que nos daba el buen cura al retirarse.

En cuanto á Eduardo, se mostraba extraño á todo. Echado negligentemente sobre un sofá, parecia estar siempre dormitando. Los hombres son como los fuertes abetos, que sino resisten al embate de los vientos, quedan tronchados; nosotras somos como las espigas, que pasado el huracan vuelven á enderezar su frágil tallo.

No siento amor hácia él, Julia, porque no es posible; pero comprendiendo ya toda la sublimidad del matrimonio, toda la grandiosidad de los deberes que está obligada á cumplir la esposa, desde el instante en que pronuncia el solemne juramento, no puedo menos de mirarle como la parte mas noble de mi sér, complemento de mi alma, y la especie de culto que le consagro es sincero y respetuoso.

Hasta su desvio, que procede de su abatimiento, y tal vez del pesar que siente al verme privada de los goces de mi edad, le hace mas acreedor á mi solicitud y á mis desvelos.

Sí; creo firmemente que su cariño hácia mí entra por mucho en su tristeza, porque noto que siempre que yo hablo, siempre que yo me atrevo á hacer una observacion juiciosa, levanta la cabeza, y me mira con un interés afectuoso. Y cuando me vé afanada en concluir una labor, suspira; sonríe cuando me contempla ocupada en sus hijos, por los cuales te aseguro que ya siento un verdadero cariño.

XXIX.

Una noche, pues, el cura y el médico estaban hablando de la espantosa miseria que reina en este país, pues sus producciones apenas pueden mantener á la tercera parte de sus moradores, de lo que resulta que los restantes tienen que ir á servir á la ciudad, mendigar el sustento ó vejar á sus vecinos. Causa una verdadera compasion el ver á estos infelices, cuando despues de cosechar los frutos de sus huertos, salen en grandes compañías á mendigar por los campos de Ciudad Rodrigo.

—A veces, decia el médico, basta una sola industria ó un solo árbol, para cambiar la faz de una comarca y convertir en prosperidad y civilizacion su miseria y embrutecimiento.

(Continuará.)

Angela Grassi.

MI SIGLO.

Aun suena; todavía
tras la espalda recóndita del monte
lo escucha mi soberbia fantasía;
abierto el horizonte
dibuja entre sus bóvedas doradas
mil nubes de vapor, que en el espacio
por el titán magnífico arrojadas
vuelan del sol al inmortal palacio!
¿No lo escuchais? de fuerza y de ruido
es un mónstruo que silva y serpentea:
lijero como el rayo desprendido,
por las oscuras cóncavas montañas
y por las llamas rápido se ajita:
del tunel en las lóbregas entrañas
con hirviente fragor se precipita.
No hay torrentes que turven su camino
ni huracan que le estorbe en su carrera.
El sigue, cual gigante torbellino
que corre desatado por la esfera.

Mueve los pueblos: con su luz enciende
del trabajo el raudal, nunca infecundo;
por todas partes su poder estiende
y en solo una ciudad convierte el mundo.
¿No escuchais el concierto
que forman sus torrentes de vapores,
libres poblando el orizonte abierto?
¿No escuchais esa máquina sonora,
que es de la fuerza impenetrable escudo?
¿Es de la soberbia audaz locomotora,
es del siglo la voz! ¡yo la saludo!

De cabaña en cabaña,
de region en region, de llano en llano,
de montaña en montaña,
de uno al otro magnífico Océano,
se descubre un camino
de ferreas lonas, que de trecho en trecho
en los aires descansa
sobre los hombros del nogal y el pino.
La palabra, vestida
con la rápida luz del pensamiento,
allí hierve escondida

atrás dejando en su carrera al viento.
Oh! siglo del telégrafo! levanta
tu frente hermosa; de tus génios dame
la ardiente inspiracion, y en torno brame
del arpa del poeta
el huracan que ruje furibundo:
huracan que sus notas arrancando
los vaya en su carrera publicando
por los estensos ámbitos del mundo.

Si; que en el régio alcázar diamantino
donde se enciende el sol: donde la aurora
deshace en perlas el cristal divino
que por el éter en los campos llora,
rompan quizás en himnos inmortales
génios ocultos que la tierra admira,
acompañando de mi ardiente lira
los ecos, con sus ecos celestiales.

La blanca luz que en manantial de oro
rica se esparce al asomar el día,
es para el arte virginal tesoro
y el cielo para el arte nos la envia.
Vedla nacer! sus rayos fugitivos
tiemblan en los azules horizontes,
rayos que al verse en el cristal cautivos
la imagen cópian en colores vivos,
la flor, la mar, los prados y los montes.
Oh! misterio sublime
oh! númen del fotógrafo, que imprime
de la verdad la imagen en la sombra
sin que el pincel con su matiz la anime,
pinta en los aires tu cristal de plata,
deten un rayo de tu luz hirviente
y del siglo en la faz resplandeciente
la pompa augusta y el poder retrata.

Génio del mar, Colon, sombra sagrada
que duermes de los sauces y las tumbas
en la mansion callada:
despierta: ven: confuso y aturdido
te invoca rebramando el Océano
hoy que se vé por el vapor vencido;
ven y contempla entre las densas brumas,
libres cruzando el piélago profundo
los vapores que vuelan hácia el mundo
que supiste arrancar á las espumas.
despierta, ven; tus sueños abandona,
y al ver esclavo al mar raudo y rujiente

del siglo del vapor, cubra la frente
de tus coronas la mejor corona.

El globo hinchado que sereno sube
perdiéndose en los aires atrevido
cual se pierden el águila y la nube;
las rosas bellas de encendida grana
conservando el perfume moribundo
del japon en la rica porcelana:
la ciencia, abriendo el inspirado mundo
de las bellezas y del arte ameno:
el aire vago de palabras lleno,
los torrentes ocultos
del gas que corre, y que en la noche humbria
resucitan ya la luz del muerto día;
el eterno ruido
de la prensa inmortal, voz de los mundos,
todo en fin, cual fantástica quimera
con soberbia hermosura se levanta
y crece todo, y todo se agiganta
del siglo del vapor en la carrera.

Despierta, patria mía;
despierta y ciñe inquebrantables lazos
al siglo hermoso que al eden te guía
aprisionada en sus robustos brazos.
Mira del arte las lozanas flores
envolverse en el cielo de la idea
entre blancas guirnalda de vapores:
oye al viento que llora
repitiendo en el mundo los cantares
de la hirviente y fugaz locomotora;
escucha el son del piélago bravío
y verás la palabra detenida
del negro cable en el cañon sombrío:
mira el pino, fantasma de la sierra
bordando los abiertos horizontes,
cortando las distancias de la tierra
con las redes de alambre, donde encierra
la palabra que vuela por los montes.
Contempla tu magnífica grandeza,
alza tu frente de laurel ceñida,
y verás que has nacido, cuando empieza
sobre la tierra á palpar la vida.

A. F. G.

LA MADRE,

EL PADRE Y EL MAESTRO.

La madre, el padre y el maestro: hé aquí los tres
preceptores de la juventud humana, los encargados
de la primera instruccion de las generaciones, las
tres personalidades respetables, á cuyas manos con-
fia Dios el porvenir de la sociedad.

La madre enseña á sentir, el padre á pensar, el
maestro completa la obra fundamental, instruyendo.

La madre es la fé y el corazon, el padre la razon
y la inteligencia, el maestro la ciencia.

La madre consigue que se aprenda lo bueno, el
padre lo justo, el maestro lo necesario.

Estos tres elementos, aunque teniendo una esfera
característica circuida por límites naturales, se unen
y armonizan en un pensamiento sublime, grandioso,
que esparce la luz de la verdad por todos los ámbi-
tos del mundo en un deseo supremo, fecundo, gene-
rador: la educacion de la niñez. Son tres nobles mi-
siones que se fundan en una sola aspiracion; son
tres fuerzas que se alían contra un enemigo común,
la ignorancia.

¡La madre! Vedla con su inocente pequeñuelo en-
tre sus brazos ó recostado sobre el amante seno,
siempre cerca del corazon, y ensayando su voz vir-
ginal en la formacion de alguna dulce palabra; vedla
enseñándole á hacer con los rosados y diminutos de-
dos la señal de la cruz; vedla repitiéndole una y otra
vez con inagotable paciencia, en todas las formas
posibles, fáciles movimientos y sencillas frases, hasta
conseguir que aprendan las cosas más indispensables
á su inteligencia y á su alma.

La madre no sólo nutre el cuerpo del niño en los
primeros momentos de su vida, manteniendo ésta al
calor de su pecho y con el jugo de su seno, sino que
más tarde, cuando la materia adquiere el bastante
desarrollo, cultiva su espíritu, le nutre de hermosos
sentimientos y arroja en el fondo de su alma la se-
milla generadora de las creencias religiosas y mo-
rales.

Después de obtener el desarrollo de la flor, la da
perfume, fortalece las ojas y las impregna de miste-
riosa esencia.

La madre despierta en el niño el sentimiento innato
en el alma de la humanidad, la religion. Le enseña
que debe en primer lugar su existencia á un Ser Su-
premo, infinitamente bueno, sábio y virtuoso, prin-
cipio y fin de todas las cosas, le hace levantar los
ojos al cielo, y con insegura planta doblar la rodilla
ante el altar de la santísima Virgen, y recitar con

una pronunciación encantadoramente difícil, la corta y expresiva plegaria, tantas veces ensayada entre besos ruidosos y encantadoras caricias.

El primer impulso, la primera noción, la primera idea instructiva la recibe el ser humano de su madre, que le enseña la primera plegaria y la primera lección.

Y hasta tal punto es importante el papel que la madre representa en cuanto á la dirección de la niñez, que bien puede considerársela responsable de todos los actos que, por imitación, ciegamente ejecuta el niño, dominado por completo en cuanto á sus inclinaciones y á sus instintos por la autora de sus días.

«Lo ha dicho mi mamá» hé aquí el último argumento del niño, su tribunal supremo, su amparo, su escudo protector, su argumento más fuerte.

Las cosas que dicen las madres son las que sienten los hijos. Difícilmente se borra del corazón de los niños las primeras impresiones que reciben, los primeros sentimientos que en él albergan.

El carácter de una raza se perpetúa por la tradición representada en la educación material.

El corazón de la niñez lo forma la madre, lo vacía en el molde de sus sentimientos.

Cuando una madre no consigue en el secreto del hogar, en el círculo privado y estrecho de su dominio, hacer bueno al niño, é inculcar en su alma principios de santa virtud, es porque allí existe una monstruosidad criminal, un fenómeno del mal, un instinto especialísimo imposible de combatir.

El mundo logrará quizás castigar mejor los crímenes de aquel espíritu malvado, pero no conseguirá nunca llevar á cabo la obra del bien que no pudo realizar su madre.

¿Quereis ver en la práctica el influjo directo de la madre en la educación? Pues contemplad á los hijos de aquella infeliz, que muerta á todo sentimiento y esterilizado su corazón por el fuego de ilusiones ya extinguidas, no conserva en el fondo de su alma más que ese frío interno y desconsolador que se siente después de una calurosa y brillante velada. Miradles excépticos y presuntuosos; en compañía de sus flamantes lacayos, con el tiempo llegan á dirigir sus breaks con maestría, tiran al florete; juegan mil duros á una carta con la mayor frescura, pero no saben lo que es sentir, lo que es amar; lo que consuela una oración, ni lo que significa una lágrima. A su madre no la vieron llorar nunca, no la vieron arrodillarse en ciertos momentos de amargura, balbuceando una oración.

Reparad en cambio aquella virtuosa familia, donde la madre sabe serlo, y vereis reproducidos en todos los niños los bellos sentimientos, los cristianos hábitos y piadosas intenciones del ama de la casa.

En muchas ocasiones, cuando ve sus caricias cor-

respondidas, la pasión maternal tiene momentos de amorosa debilidad: los perjuicios de ella podrían ser grandes; evitándolos y corrigiéndolos vemos aparecer en el hogar la venerable figura del padre.

El padre y la madre son, según la acertada frase de un escritor contemporáneo, la dualidad en la unidad.

El padre es el encargado de encauzar la inteligencia del niño, de avisar su razón, de aniquilar sus debilidades, de hacerle hombre y buen ciudadano con sus lecciones y ejemplos.

La madre enseña al niño la religión, el padre procura apartarle del mal; la primera le hace tener bondad, el segundo le advierte que vaya siempre en compañía de la justicia, la una le recomienda la humildad, el otro le aparta de la esclavitud.

El padre, siempre atento al interés práctico del hijo, presta importantísimo concurso á la educación. Es la voz de la experiencia, así como la madre es la voz del sentimiento.

La idea importantísima del respeto nunca llegaría á ser comprendida por el niño en los amantes brazos de una madre complaciente, si no hubiera un padre que la infundiera en nuestra imaginación desde los primeros momentos de la vida.

El padre no sólo es el ejemplo de la inteligencia y la razón, sino el complemento indispensable de la autoridad maternal, un elemento coercitivo, la fuerza ejecutiva.

Cuando la madre no es obedecida, cuando su deseo no se secunda ó el objeto que se propone no es inmediatamente conseguido, pronto acude á la amenaza de medidas severas, ó á la imposición de medidas correccionales, diciendo en voz temerosa, que también sirve de provechosa lección: *¡Que viene papá! ¡Que llamo á papá!*

Vemos pues, que la unión entre los dos elementos primeros que concurren en los primeros instantes de la existencia á la educación, es tan grande, tan inmensa, que llegan á confundirse en una sola acción, siendo tan preciso uno á otro, que la falta en cualquier detalle importante de la concurrencia de ambos, puede ocasionar un resultado incompleto.

Cuando el niño habla y reza, siente y discurre, desde el templo y el hogar pasa á la escuela; desde los rudimentos de religión y moral pasa á los rudimentos de la instrucción.

El maestro, figura nobilísima, que con una paciencia sin igual, y una abnegación que llega al heroísmo, consagra su existencia, sus desvelos y sus pensamientos todos á difundir los saludables principios de la enseñanza en la mente de la infancia.

En la escuela fructifica el sentimiento sembrado en el hogar doméstico.

El niño sabe emitir su voz, y al maestro está reservado enseñarle á hablar con propiedad. El niño

sabe que ama á Dios y que es cristiano, y al maestro le compete robustecer esas creencias haciéndole aprender el Catecismo.

El maestro, aprovechando las nociones elementales que el niño posee, desarrolla sus facultades intelectuales y le inicia en todos los secretos que constituyen la base de los conocimientos humanos.

Fundamentos de la civilización social son los maestros, y humildes, oscuros, ocultos como lo están siempre los cimientos, desempeñan su noble tarea con más beneficio ajeno que gloria y provechos personales.

El padre y la madre instruyen al hijo en el hogar desde los primeros momentos de su existencia. Le recogen en los umbrales de la vida, y le llevan á los umbrales de la sociedad. Allí le espera el maestro.

El maestro, al continuar la educación doméstica, completándola, y corrigiéndola, y al marcar rumbos científicos con sus sencillas lecciones, influye gradualmente en el porvenir de la juventud, pudiendo encauzar, y encaminar sus deseos é inclinaciones á un fin determinado.

Hasta tal punto ejerce dominio el maestro sobre las ideas del porvenir, que con sus candorosas explicaciones puede cimentar una escuela filosófica, ó dar pábulo á una superstición determinada.

Los poderosos ejércitos á quienes debe confiarse el triunfo de las grandes causas, no son esos que infunden pavor en el ánimo con sus aparatos de destrucción y férreas vestiduras, sino esa hermosa agrupación de inocentes criaturas que apenas tienen fuerza suficiente para mantenerse en pié, y rodear la respetabilísima personalidad del maestro.

Las grandes ideas pueden obtener una victoria efímera y pasajera en los grandes campos de batalla; pero los resultados trascendentales, profundos y verdaderos, se obtienen en las escuelas, se fían á la dirección de maestros, tan poco atendidos en nuestro desgraciado país, en que solo se recompensan sus buenos servicios con pomposas frases, negando un pedazo de pan al que prodiga el santo alimento del espíritu por todos los ámbitos del mundo.

Honrad á vuestras madres, á vuestros padres, y á vuestros maestros; ellos son los preceptores de vuestro corazón, de vuestro deber, de vuestra inteligencia, ellos arrancan la venda fatal de vuestros ojos, ellos son los que esparcen por toda la tierra esa primera luz que alumbra el camino de nuestros primeros pasos en la vida.

M. O. y S.

CARLOTA.

En la cumbre de una colina cerca del bosque de Reichendeich, y no lejos de Muhtbach, aldea de la Prusia Rhenana se eleva un templo consagrado á San José. Las romerías que se celebran allí en ciertos días festivos, atraen un inmenso gentío; pero en el resto del año, algunos campesinos de las cercanías que vuelven á sus trabajos, solo turban la soledad y el silencio de tan apartado sitio.

El 19 de Julio de 1818, á eso de las 4 de la mañana, subía un labrador por el estrecho sendero que rodea la colina: su perro que le precedía algunos pasos, se paró de repente; lanzóse después precipitadamente hacia el santuario y volvió en seguida al lado de su amo ahullando dolorosamente y dando las mayores señales de espanto. El labrador redobló el paso, y apenas se había acercado á la puerta de la iglesia, cuando divisó el cadáver de un hombre joven, de estatura elevada y de noble y bella figura tendido sobre las gradas.

Corrió el labrador al pueblo á dar esta noticia, que circuló rápidamente de casa en casa, de tal modo que cuando el magistrado, acompañado del médico y del maestro de escuela, se dirigió á la iglesia de San José, le seguía una multitud de curiosos, armados la mayor parte de bielgos y otros instrumentos de labranza; entre ellos descollaban los dos mas valientes del pueblo que iban de banguardia ostentando sus viejas escopetas que habían cargado con bala.

Se halló el cadáver en el mismo sitio, y se reconoció con la mayor escrupulosidad, á pesar de que se hallaba ya con síntomas de putrefacción; la ropa exterior había desaparecido, hallándose debajo de la camisa un pedazo de tela de seda, de color vivo, que parecía fragmento de un chal plegado y colocado sobre el corazón. Una segunda faja le rodeaba el cuerpo, sujetándole la sangre que se veía coagulada. Después de habérsele levantado con sumo cuidado todas estas ligaduras, se descubrió una ancha y profunda herida, hecha con un instrumento agudo y de dos filos que le habían partido la arteria carótida. Tenía puesto pantalones blancos, y botas con espolines, conservando todavía un grueso anillo en la mano.

Como las cercanías de la iglesia eran tampoco frecuentadas, se descubrían en la tierra alguna

recientes huellas (que parecia se habian tratado de borrar) que se encaminaban hácia el bosque en direccion de una roca que coronaba el arruinado castillo de Ottembeag, morada de fantasmas, segun aseguraban los mas valientes del pais.

Durante el exámen del cadáver, uno de los presentes reconoció las cercanias, siguiendo las huellas de que hemos hablado, y que le condujeron á las ruinas de Ottemberg, adonde entró sin vacilar, porque á las nueve de la mañana de un hermoso dia de Julio es la hora mas adecuada para desafiar á los duendes; un momento despues, volvió casi sin aliento para avisar que habia descubierto el sitio donde se habia cometido el crimen. Trasladados á Ottemberg, no quedó la menor duda de la veracidad del aserto: el piso de un grande y casi arruinado salon, estaba manchado de sangre, lo mismo que las paredes, mesa y sillas; advirtiéndose por el suelo algunos pedazos de pan, resto de frutas, y una botella rota, señales de una reciente comida.

Las huellas marcadas en el campo, y que salian de las ruinas de Ottemberg se prologaban por el camino real de Beking en direccion opuesta á la de la iglesia, y habiéndolas seguido se halló muy luego un pedazo de tela del mismo chal, que cubria la herida de la víctima, y poco despues al pie de una zarza, un guante de muger nuevo y manchado de sangre, perdiéndose las huellas en el mismo camino.

No pudiéndose adelantar mas en las investigaciones por entonces, se dió sepultura al cadáver en el cementerio del pueblo, al anoecer, despues de haber estado espuesto todo el dia á la vista de la multitud de curiosos.

En la siguiente mañana se presentó un posadero al juez del canton, á quien dijo que habia reconocido en el muerto á un viagero que habia hospedado en la noche del 15 al 16 de Julio, y que en la mañana de este dia habia proseguido su camino: pero que ignoraba completamente el nombre y la clase del desconocido, lo mismo que la procedencia y direccion.

Crea el posadero que fuese un oficial de alguno de los regimientos acantonados en el pais, describiendo, entre los objetos que le habian visto, un reloj con cadena de oro, una cartera de tafíete encarnado, una bolsa de seda verde, y dos anillos, asegurando que uno de ellos era, el que como ya hemos dicho, se habia encontrado en la mano del cadáver.

Nada habia podido descubrirse en este asunto á pesar del proceso criminal que para ello se habia formado, cuando pasadas seis semanas, supo la policia que un tal M. de Bergfed, que hacia

poco tiempo que se habia establecido en Coblenza, habia desaparecido. Suponian á M. Bergfed muy rico: habia venido de Francfort y recorria continuamente las cercanias hasta las montañas de Vosges. Un antiguo soldado que habia sido su criado, y el propietario de la casa donde vivia, se presentaron en Muhlbrch: reconocieron al punto el reloj, y los anillos que habian llamado la atencion del posadero, asegurando el criado que las botas que tenia puestas el muerto, eran de su amo, y que las conocia por haberlas limpiado muchas veces.

Vivia Bergfed muy retirado en Coblenza, y algunas veces se le habia visto entrar de visita en casa de la señorita Lehmon, prima donna de la ópera; pero como nada se escapa del espionaje de los ociosos en un pueblo de tercer órden, no faltó quien observara que hacia ya algun tiempo que habia cesado en sus visitas: la alondra tomó tambien su vuelo inopinadamente y no hubo una persona que supiera decir bajo que cielo habia ido á gorjear.

Inútiles fueron todas las pesquisas practicadas para averiguar el origen de Bergfed; no se conocia en el pais ninguna familia de este nombre, por lo que despues de ocuparse algun tiempo la murmuracion pública de él, nadie volvió á acordarse de semejante aventura.

Habia transcurrido un mes desde la desaparicion de Bergfed, cuando pasó por Muhlbach un diplomatico que volvia de los baños, y oyendo hablar de aquel suceso, y sabiendo que el nombre de Bergfed pertenecia á una de las mas antiguas y nobles casas de la Silesia, cuyas armas conocia perfectamente. Quiso examinar el sello del anillo que se habia encontrado al difunto, asegurando que era efectivamente perteneciente á un individuo de aquella familia.

El juez dirigió una carta á las autoridades de Breslan, y no tardó en recibir una contestacion firmada: Fernando de Bergfed, quien en la carta decia que era hijo segundo del antiguo baron Francisco de Bergfed y aseguraba que su hermano mayor Eduardo se habia ausentado hacia dos años con intencion de viajar por la Europa, y no habia recibido noticias de su paradero.

«Todo nos hace temer, añadia, que haya sido mi hermano victima del crimen que se ha perpetrado en esa; por cuya razon tiene nuestra familia el mayor interés en que se aclare el misterio mi hermano era casado, pero estaba separado de su muger, de la que solo habia tenido una niña que murió de muy corta edad: como nuestro mayorazgo recae de varon en varon, partiré al punto á Muhlbrch.

Efectivamente, en el mes de diciembre llegó

Fernando de Bergfed, y despues de haber examinado todos los efectos y papeles del difunto, dió por cosa segura que su hermano habia muerto, pidiendo un certificado que lo acreditase, documento que decia era indispensable para entrar en posesion de la herencia que le habia de corresponder a la muerte, desgraciadamente muy próxima, de su anciano padre; pero se le contestó que no podria facilitarse el certificado que deseaba, porque sin que fuera ofenderle, no era suficiente la aseveracion de un solo testigo, demasiado interesado en el asunto, aconsejándole que encargase á un abogado las investigaciones necesarias para averiguar más pronto la verdad.

Fernando siguió el consejo que se le daba valiéndose al efecto del letrado Schelniz, que gozaba en toda la provincia una muy merecida reputacion de inteligencia y actividad y cuyo celo estimularia por una parte la importancia de los intereses que se ventilaban, y por otra el deseo de aclarar tal misterio, y el rango elevado del cliente. Pronto su perspicacia descubrió algunos indicios. Habiendo marchado á Coblenza acompañado del hijo del baron, se dirigió á la habitacion de Eduardo Bergfed, cuyos efectos habian sido sellados. Despues de haberlos examinado escrupulosamente, halló en el bolsillo de uno de sus vestidos una esquela escrita en francés poco correcto, sin sobre y cuyo contenido decia así:

«Condasciendo en la entrevista, con tal de que sea la última. Vuestras amenazas no me podran nunca intimidar, por que las opondré las armas que me facilitan el honor y la virtud. He aqui mi decision. Debe cesar toda correspondencia. Hoy 13 de Julio.—C.»

Fernando hizo que el juez sacase un fac-simile de este billete, que aunque no tenia ortografía era de mucha importancia. «Esta esquela, le dijones indica el camino de la verdad: hasta aquí hemos creido que habia sido asesinado mi hermano por robarlo, y era un error, porque el golpe ha sido dado por una mano de mujer, el guante que cubria esta mano, se ha hallado cerca del lugar del crimen, y ella es la que ha trazado estos renglones. Ademas mi hermano, (y esto lo saben todos los que conocen á mi familia) aunque muy recomendable por todos conceptos tenia el defecto de dejarse llevar por sus pasiones; defecto que ocasionó el que se separase de su muger poco despues de su casamiento, entregándose sin treguas á lances desagradables; en Coblenza parece que ha tenido relaciones con una actriz, que ha desaparecido casi al mismo tiempo que él.

Despues de nuevas y minuciosas investiga-

ciones, se descubrieron algunas circunstancias dignas de atencion. Un jóven campesino de 20 años y de tosca inteligencia, que habia subido hasta las ruinas de Ottember para cortar leña, dijo que en la mañana del 16 de julio habia visto cerca del viejo castillo á un hombre en traje de caza, que paseaba con una señora que llevaba un sombrero de paja, una sombrilla, un vestido de colores muy vivos, pero que al punto los perdió en el bosque.

(Continuará.)

X.

CORRESPONDENCIA.

Jerez de la Frontera. Señora doña J. P. de C., con los 32 rs. que envia deja pagado hasta fin de diciembre del año 80.

Motril. Señora doña G. A. de C., en nuestro poder los 16 rs., con los que deja pagado hasta fin de diciembre del 80.

Málaga. Señora doña A. P. de D., recibidos los 12 rs. que envia.

Montefrio. Señor don M. C. A., en nuestro poder las 4 pesetas.

Móstoles. Señor don V. C., estamos conformes con su cuenta, deja pagado hasta fin de agosto.

Alberite. Señora doña G. H., en nuestro poder los 32 rs. que envia, y deja abonado hasta fin de junio del año 81, pero advirtiéndole que el año que estamos publicandoes el 80.

Alicante. Señor don G. T., en nuestro poder las 7 pesetas, conformes con su cuenta.

Cabeza de Buey. Señora doña D. P., queda hecha la sustitucion de nombre, conformes con su cuenta.

Cabeza de Vaca. Señorita doña B. B., servida la nueva suscripcion, hechas las dos traslaciones, le damos gracias por su bondad.

Dos Torres. Señora doña C. G. A., recibidos los 18 rs.

Sevilla. Señor don M. R., recibidos los 16 rs.

Idem Señora doña G. V. de L., conformes con su cuenta.

Alahurin el Grande. Señora doña J. C., recibidas las 4 pesetas.

Cereijo. Señora doña A. L., recibidos las 14 pesetas y anotadas 7 á V. y 7 á doña M., á la cual remitimos los números que desea.

Montejo. Señora doña R. D., recibidos los 6 rs. que envia.

Mijas. Señor don J. J., en nuestro poder la letra de 250 rs. y anotada segun indica.

San Vicente de Munilla. Señora doña J. A., en nuestro poder los 36 rs.

San Anton. Señor don J. F., recibidos los 28 rs. que remite.

Noya. Señora doña G. B., quedan anotados los 12 rs. que envia.

(Continuará.)

Granada.—Imprenta de «La Madre de Familia»